

Rindióse también la caballería que no había tomado parte en la ligera lucha porque se hallaba algo distante de Cempoallan, y poco después se sometió también la armada naval á Francisco de Lugo.

Cuando Narváez vió á su vencedor no pudo menos que decirle : « Razón tendréis, señor Cortés, para agradecerle á la fortuna el haberme hecho preso con tanta facilidad. » Á lo que contestó : « Mucho tengo que agradecerle, pero lo menos que yo he hecho en esta tierra es el haberos prendido. » Decididamente hablaba entonces con presunción, porque si la campaña de Narváez no es el hecho que demuestra más valor en el conquistador, es sin duda el que revela toda su audacia, su inteligencia, y actividad, pues había tenido que combatir un enemigo cuatro veces más numeroso é igual en armas, táctica y disciplina.

CAPÍTULO VI

Vuelve Cortés á México. — Horrible matanza de Alvarado. — Insurrección de la capital. — Muerte de Motecuhzoma. — Cuiclahuactzin. — Noche triste. — Batalla de Otompan.

Pasados los primeros momentos del triunfo, el victorioso general, que deseaba á todo trance consumir sus conquistas y ensanchar sus límites, envió á Velázquez de León con doscientos españoles y dos barcos para que fuese á explorar la provincia de Pánuco y á Diego de Ordaz con otros tantos soldados á la de Coatzacoalco, dejó en Veracruz por teniente gobernador de Sandoval á Rodrigo Rangel, y con seiscientos castellanos, abundantes provisiones y buen número de cañones emprendió su retorno á Tenochtitlán.

Vino á amargar el gozo de Cortés y trastornar aquellos planes la noticia que le trajeron dos tlaxcalteca de haber ocurrido en la capital sucesos de importancia y de hallarse Alvarado en virtud de ellos reducido á una situación difícil.

Fué el caso que acostumbrando los azteca celebrar una gran fiesta en el mes *Toxcatl*, pidieron permiso para celebrarla al mismo Capitán pocos días antes de su partida para el campo de Narváez, y como

se manifestara anuente con sus deseos, hicieron su preparativos. Ya en visperas de la fiesta, aquellos indigenas llevaron su consideración hasta el grado de pedir nueva licencia al *Tonaliuh* como llamaban á Alvarado, quien igualmente concedió el permiso con al sola restricción de que no llevaran armas.

Llegado el día *ome tecpatl*, que en aquel año correspondió al 20 de mayo de 1520, más de seiscientos nobles mexicanos se reunieron en el atrio del teocalli mayor, ostentando todo el lujo de que usaban en tales ceremonias, y llevando cada uno un gran ramillete de flores, á los sonidos de su música, se entregaron á danzas místicas en presencia de más de tres mil espectadores; pero cuando se hallaban más entretenidos llegó Alvarado con sus tropas y despiadadamente empezó á matar sin antecedente alguno á aquella inerme muchedumbre. ¡Rodeada por todas partes, desprevenida, sin poder huir ni defenderse, aquella multitud pereció á los infames golpes de los asesinos, corriendo su inocente sangre en abundantes borbollones!

Tan espantosa carnicería, ejecutada en la principal nobleza produjo en el pueblo un sin igual descontento y un levantamiento general. No pudo ya soportar aquel pueblo irritado y sólo contenido por el profundo respeto que tenia al imbécil monarca, tamaña afrenta : habían tolerado que aquellos advenedizos entraran en su ciudad, les arrebataran sus tesoros, deshonraran á sus familias, quemaran á sus compatriotas, aprisionaran á su rey, mas no pudieron sufrir que pérfidamente asesinaran á todos aquellos á quienes respetaban y querian por ser sus jefes y señores.

Alvarado, el cruel y sanguinario Alvarado, que provocó la ira de la muchedumbre, no fué capaz de contenerla; envuelto á poco por los guerreros mexicanos tuvo que replegarse herido en la cabeza á sus cuarteles, á pedirle á Motecuhzoma que arengase á sus vasallos y los hiciera deponer su actitud hostil. Amenazado con la muerte, se prestó el débil Rey á servir de instrumento á sus mortales enemigos, y desde la azotea del palacio de Axayacatl apaciguó la airada multitud.

Pasáronse los días siguientes entre parciales combates, fieras amenazas y grande escasez de viveres y provisiones, sin celebrarse el *tianquiztli* ni dar ninguna señal de actividad ó de confianza, en cuya apurada situación, que á haberse prolongado un poco más,

habría hecho pagar caro, pero justamente, sus iniquidades á aquel puñado de aventureros, los encontró el vencedor de Narváez.

De Cempoallan se encaminó para Tlaxcalla adonde llegó el 17 de junio y pasando por Texcoco, en cuyo lugar lo esperaba el ambicioso y traidor Ixllixochitl, llegó por fin á Tenochtitlán el día de San Juan Bautista.

Una salva de artillería anunció á la ciudad la vuelta de los compañeros de Alvarado: Cortés en vista del mal resultado, reprendió á este caudillo su conducta, negóse á hablar con su imperial cautivo y dió libertad á Cuiclahuac señor de Iztapalapan y hermano del soberano para que al punto fuese á ordenar se celebrara el *tianquiztli* y volviera á su habitual estado la ciudad.

Aquel generoso príncipe, heredero presunto del trono, que se había opuesto desde un principio al pacífico recibimiento de los blancos, que más tarde había procurado un levantamiento cuando fué aprehendido y encadenado en unión de Cacamatzin, lejos de usar de su libertad en el sentido que el Capitán deseaba, se aprovechó de ella para promover la insurrección ¹.

Bien pronto experimentó el conquistador la diferencia que había entre el supersticioso y cobarde Motecuhzoma y su helicoso hermano: al siguiente día (25 de junio) se presentó éste con un numeroso ejército, impidiendo la comunicación con Veracruz y cortando todos los puentes que comunicaban la ciudad con el exterior. Mandó Cortés al punto á Diego de Ordaz con cuatrocientos españoles á detener la marcha de aquel improvisado ejército; pero acometido con vigor y habiendo tenido ocho muertos y muchísimos heridos

1. Cuando el cónsul romano Atilio Régulo después de haber obtenido innumerables victorias sobre los cartagineses, fué derrotado y hecho prisionero por Hantipo en la batalla de Aspis, quisieron sus enemigos valerse de él para que les consiguiera la paz en Roma, estimulándole á ello ofreciéndole en cambio la libertad. Mas cuando Régulo se presentó al Senado de su patria lo excitó á que prosiguiera la guerra de la que dependía su engrandecimiento, y en seguida volvió á su cautiverio de Cartago, sin querer oír los ruegos de su esposa é hijos, ni las súplicas de sus amigos, ni las protestas de los sacerdotes que lo desligaban de su juramento. Prefirió á todo el cumplimiento de su palabra y regresó tras una muerte inhumana, que vino á realzar la sublimidad de su conducta, haciéndolo digno de la inmortalidad precisamente por lo que todo hombre debe amar más en la vida: la patria y el honor.

tuvo que replegarse á su cuartel, adonde no habría podido llegar si don Hernando no lo hubiese salido á reforzar por diferentes puntos.

Siguió á este combate un asalto al edificio en que estaban alojados y en el que se habían fortificado, y aunque la artillería causaba incontables pérdidas abriendo repetidas brechas en aquella apiñada chusma, eran tantos y tan valientes los que la formaban que el lugar de los que caían, era luego ocupado por otros, logrando de este modo llegar hasta el muro y prenderle fuego á una parte del cuartel.

Á la mañana siguiente hizo el conquistador una salida sin más resultado que haber quemado algunas casas, pero teniendo al cabo que volverse á sus posiciones. Y como á pesar del uso de tres baluartes de madera movedizos llamados *mantas*, del fuego de la artillería, los ataques se repitieron con un vigor creciente, el día 27 en que llegó á desconfiar Cortés de salir bien, repitió para sosegar á sus enemigos, el medio que con tan buen éxito había empleado Alvarado haciendo que Motecuhzoma arengase á sus airados súbditos.

Luego que éstos le vieron aparecer en la azotea, adornado con todas las insignias imperiales, depusieron sus armas y entraron en un profundo silencio; arengólos entonces el monarca excitándolos á que no hicieran mal á los blancos, porque ya iban á retirarse y diciéndoles que estaban engañados si peleaban porque lo creyesen prisionero; pero ante los males que palpaban, y estando ya desprestigiado el Rey por su conducta, sin que ni siquiera les tomase de nuevo aquella arenga que tal vez comprendieron al verla repetida, que era un medio que empleaban sus enemigos, el valeroso Cuauhtemoc echándole en cara su cobardía con diferentes denuedos, alzó la cara y templando su arco le disparó sus flechas. Al punto una lluvia de piedras, de las cuales recibió una herida en la frente y dos contusiones en el cuerpo, demostró que había cesado su influencia sobre su pueblo que ya no lo veía sino como traidor y amigo de los blancos.

Sin esperanza de contenerlos, se repitieron los asaltos los días 28, 29 y 30 sin que bastara á impedirlos el que Cortés valerosamente les quitara la posesión del teocalli desde donde ofendían impunemente el cuartel, ni las proposiciones de paz que empeñosamente les hizo; de suerte que considerando peligrosísimo el permanecer

en el centro de aquella ciudad hostil sin los elementos necesarios para poder salir, resolvió decididamente el hacerlo.

Tomada semejante resolución lo único que se consultaba era sobre el modo de llevarla á cabo, y aunque si de día se efectuaba tendrían la ventaja de ver al enemigo, examinar el terreno y conservar mejor la disciplina, prevaleció la opinión de que la salida se efectuara de noche, tanto porque habían observado que los mexicanos no combatían en la obscuridad, como por ser más fácil salir á esa hora sin ser sentidos, influyendo además la predicción de un pretendido astrólogo Blas Botello que anunció buen éxito para el ejército y malo para él si salía de noche, y malísimo para todos si la retirada se verificaba en el día.

Conociendo la topografía de Tenochtitlán, Cortés hizo construir un puente portátil de madera para poder pasar las muchas cortaduras y acequias y dispuso todo para que la retirada se hiciera sin ser sentida.

Del abundante tesoro, separó su parte y la del rey de España, permitiendo que libremente pudiesen los soldados apoderarse del resto, pues no tenía medios de conducirlo con seguridad.

Entre los preparativos de la tarde del 30 de junio, se cuenta el asesinato del desgraciado Motecuhzoma, de Cacamatzin, rey de Texcoco, de Itzcohuatzin, señor de Tlatelolco, de Totoquihuatzin, rey de Tlacopán, y de otros varios nobles y sacerdotes que tenía prisioneros, pues habiendo observado que cuando mataban algunos de sus caciques ó señores, por de pronto se ocupaban exclusivamente de hacerles exequias y demás ceremonias fúnebres, quisieron los conquistadores ocupar en estos asuntos la atención de los mexicanos, para salirse entre tanto con más facilidad ¹.

1. Muy general es la opinión de que Motecuhzoma murió á consecuencia de la pedrada que recibió por no haber querido curarse; pero he adoptado la versión de que fué asesinado por Cortés, por creer que es la verdad histórica, convencido por fuertes razones y graves autoridades. Aun antes de que atacaran á Cortés los mexicanos, cuando volvió de Cempoallan, desairó á Motecuhzoma y no quiso hablarle, de suerte que llegó á decir, olvidando lo mucho que le debía: « Vaya para perro que aun no quiere hacer tianguez, ni de comer nos manda dar », lo que demuestra el desprecio en que lo tenía y el injusto enojo con que lo miraba, y por lo cual es muy verosímil que aumentada su ira, lo mandara

¡Nuevo rasgo de crueldad é ingratitud en aquellos hombres que así mataban á los príncipes y pacíficos poseedores de aquella tierra, y al mismo emperador á quien tantos beneficios debían y á quien tanto habían engañado!

Así murió Motecuhzoma á la edad de cincuenta y dos años, después de gobernar diez y ocho. « Si bien es cierto, dice Prescott, que no puede uno menos que mirar con desprecio la cobardía del monarca aztecaatl, algo debemos disculparle considerando que aque-

matar. Los mismos que no dan asenso á su asesinato, están conformes en que mató al partir á Cacamatzin, Totoquihuatzin y demás prisioneros, y supuesto que todos eran inocentes, lo mismo que á ellos los mandó matar, pudo también hacer con Motecuhzoma.

El verídico historiador fray Bernadino de Sahagún, que escribió cuando estaban frescos los sucesos, qué por su carácter sacerdotal y nacionalidad española presta todo género de garantías, dice á este respecto: « Desta manera se resolvieron los españoles á morir ó vencer valerosamente y así hablaron á todos los amigos indios y todos estuvieron firmes en esta determinación; y lo primero que hicieron fué que dieron garrote á todos los señores que tenían presos y los echaron muertos fuera del fuerte, y antes que esto hiciesen les dijeron saber su determinación, y que dellos había de comenzar esta obra, y luego todos los demás habían de ser muertos á sus manos. » Fray Diego Durán, que reúne iguales condiciones dice: «... y que andándole á buscar (á Motecuhzoma) por los aposentos le hallaron muerto con una cadena á los pies y con cinco puñaladas en el pecho y junto con él muchos principales y señores, que juntamente estaban presos en su compañía, todos muertos á puñaladas, los cuales mandaron á la salida que se dieron de los aposentos; lo cual si esta historia no me lo dijera, ni viera la pintura que lo certificaba me hiciera dificultoso de creer, pero como estoy obligado á poner lo que los autores, por quien me rijo en esta historia, me dicen y escriben y pintan, pongo lo que se halla escrito y pintado; y por que no me arguyesen de que pongo cosas, de que no hay tal noticia, ni los conquistadores tal dexaron dicho ni escrito, pues es común opinión que murió de una pedrada, lo torné á preguntar y á satisfacerme porfiando con los autores que los indios lo mataron de aquella pedrada; dicen: Que la pedrada no haber sido nada, ni ha belle hecho mucho daño y que en realidad de verdad le hallaron muerto á puñaladas y la pedrada ya casi sana en la mollera, y que éste fué el desastrado fin y muerte de Montezuma y de los demás reyes y señores que estaban presos con él en los calpules (tomo 2º, pág. 50). El Códice Ramirez, preciosa crónica del siglo xvi se expresa en estos términos: «... y apenas había acabado cuando un animoso capitán llamado Cuauhtemoc de edad de diez y ocho años, que ya le quería elegir por rey dijo en alta voz: ¿ Qué es lo que dice ese bellaco de Motecuhzoma

lla provenia de su superstición; de la superstición que en el salvaje hace las veces de la religión en el hombre civilizado. »

Cuando sus súbditos encontraron su cadáver, no quisieron hacerle exequias ni funerales, sino que aun le negaron sepultura; pero afortunadamente un antiguo mayordomo llamado Apanecatl, que lo encontró, lo quemó sin pompa alguna, recogió sus cenizas y las enterró en olvidado lugar.

Perpetrado aquel crimen y concluidos los preparativos, á la media noche del memorable 30 de junio después de haber dicho misa el padre Olmedo, se emprendió la retirada. Formaban la vanguardia doscientos infantes y veinte jinetes á las órdenes de Sandoval; el cuerpo del centro compuesto de la artillería, el tesoro y las mujeres iba á las inmediatas órdenes del Capitán y la retaguardia que estaba mandada por Alvarado y Velázquez de León se componía del grueso

mujer de los españoles, que tal se puede llamar, pues con ánimo mujeril se entregó á ellos de puro miedo y asegurándonos, nos ha puesto á todos en este trabajo? No le queremos obedecer porque ya no es nuestro Rey, y como á vil hombre le hemos de dar el castigo y pago. » En diciendo esto alzó el brazo y marcando hacia él disparóle muchas flechas. Dizen algunos que entonces dieron una pedrada á Motecucuzuma en la frente, de que murió, PERO NO ES CIERTO SEGÚN LO AFIRMAN TODOS LOS INDIOS; su fin fué como adelante se dirá (págs. 89 y 90) «... y yendo á buscar al gran Rey Muteucuzuma, dizen que le hallaron muerto á puñaladas, QUE LE MATARON LOS ESPAÑOLES Á ÉL Y Á LOS DEMÁS principales que tenían consigo, la noche que se huyeron, y éste fué el desastrado y afrentoso fin de aquel desdichado Rey tan temido y adorado como si fuere Dios » (pág. 91) (*Biblioteca Mexicana*, tomo 3.º México, 1878). Lo mismo afirman Chimalpain, Ixtlixochitl y otros autorizados historiadores antiguos á quienes se adhiere con profunda convicción el señor Orozco y Berra en su incomparable *Historia de la Conquista de México* (tomo 4.º, nota á la pág. 437). Por otra parte el principal fundamento en que descansa la opinión de que murió de la pedrada no resiste á la más ligera observación: decir que no lo mataron los españoles, porque lo necesitaban y les servía de vínculo con los mexicanos, es olvidarse que las palabras de Cuauhtemoc acogidas por la multitud azteca, la pedrada y los flechazos que le dispararon el día 27 á Motecuhzoma, revelaron elocuentemente que ya no ejercía ningún influjo sobre el pueblo que ya no lo obedecía, que ya tenía otro rey y que lejos de respetarlo trataba de castigarlo por su cobardía. Además, ¿ cómo se explica que si en realidad hubiese muerto de la herida, todos los soldados españoles que vivían en el mismo edificio no supieran su gravedad, sino que por el contrario recibieron con sorpresa la noticia de su muerte, según refiere Bernal Díaz?

de la infantería. Sin ser sentidos llegaron á la cortadura de Tecpantzinco en donde se colocó el puente portátil, mas apenas había empezado á pasar la vanguardia, cuando descubiertos por los centinelas mexicanos, que dieron la voz de alarma, fueron al punto acometidos. Oyóse en el templo el atambor de guerra ó *huehuettl*, hecho de pieles de serpiente, y de improviso en la obscuridad de la noche, brotaron innumerables canoas bien tripuladas por las acequias, millares de combatientes por las calles y azoteas.

La determinación del general había salido contraproducente: la noche que no les había escudado para ser sentidos, les impedía con sus sombras el acertar sus tiros, utilizar la caballería, ver el terreno y hasta conocer sus enemigos.

Á duras penas pasaron aquel puente y en el acto Magarino que de él estaba encargado, mandó levantarlo para ponerlo en la siguiente cortadura de Tolteacalli; pero con el peso de las tropas y de la artillería, se había hundido en el fango de tal suerte que parecia enclavado, siendo imposible moverlo. Había llegado ya el ejército á la acequia siguiente, y no hallando modo de pasarla, acometidos por todas partes y sin modo de seguir su marcha, se declaró allí en completa derrota.

Unos soldados á caballo, otros á nado, algunos como Alvarado por una viga (pues no es cierto lo del salto)¹ intentaron pasar la otra cortadura de Toltecalalopán teniéndose por muy dichosos si

1. Por siglos enteros se tuvo como un hecho histórico el famoso salto de Alvarado, que aun dió su nombre al sitio y calle en que se supuso, sirviendo para que escritores como Solís, más literatos que historiadores, embellecieran tal leyenda con hermosas figuras; pero la verdad ha venido á mostrarse, al fin, sin que hoy pueda ya dudarse. Bernal Díaz refuta el hecho, asegurando que no existió y da por origen la censura, que hizo de la conducta de Alvarado un cierto difamador, diciendo que en aquella noche había abandonado cobardemente á Velázquez de León, y recordando al efecto el adagio: « Falló y escapó la vida. » Afirma además Díaz del Castillo que él mismo estuvo en aquel sitio de la calzada, y la encontró tan profunda que no se podía tocar el suelo con la lanza más larga, á cuya razón hay que añadir que el mismo Alvarado calla el hipotético salto, diciendo que: pasó con mil dificultades, y que muchos testigos declararon « que no avía más de un madero por do pasar el dicho Pedro de Albarado se apeó y pasó el dicho madero dexando su caballo de la otra parte. » (*Proceso de Alvarado*, pág. 4, 14, 17, 24, y siguientes; México, 1847.)

lograban su intento; pues los que no caían á los golpes de los honderos mexicanos, se ahogaban sumergidos por el peso del oro que llevaban ó arrastrados por los indigenas que luchando cuerpo á cuerpo los precipitaban al agua. Cegóse parte de aquel pozo con los cadáveres, la artillería y el equipaje y por allí pudo pasar alguna troja; la retaguardia no pudiendo incorporarse se volvió á su cuartel donde sitiada pereció al tercer día.

Así es que cuando después de largas horas de reñido combate y mortal agonía pudo verse Cortés fuera de México, se halló con que su ejército había experimentado una pérdida de cuatrocientos cincuenta españoles, cuatro mil aliados, cuarenta y seis caballos, todos los cañones que llevaban consigo, la mayor parte de las armas de fuego y casi todo el tesoro: murieron Juan Velázquez de León, Francisco de Morla, Francisco de Salcedo y otros buenos oficiales quedando heridos los más de los que pudieron salvarse.

El denodado CUITLABUACTZÍN que había sido electo décimo Emperador de México, dió principio á su gobierno, aun antes de ser coronado, con la famosa victoria que los españoles mismos llamaron *noche triste*, y si no los persiguió hasta exterminarlos como sin duda habria sucedido, fué porque como más de doscientos hombres, cuando vieron que era imposible seguir adelante, se volvieron á su cuartel á hacerse fuertes, tuvo necesidad de consagrar su atención á aquel grupo que volvía á situarse en la misma capital. Una vez vencido, se ocuparon los mexicanos en limpiar su capital de los cadáveres y en tributar á los nobles que habian perecido los honores fúnebres que acostumbraban, concluidos los cuales, organizaron un nuevo ejército para que persiguiese á los fugitivos.

Cortés entre tanto no pudo menos que derramar algunas lágrimas bajo del secular ahuehuate que se conserva todavía con el nombre de *árbol de la noche triste*, y viendo sus soldados heridos y desmoralizados, permaneció en descanso en un teocalli que después fué capilla de Nuestra Señora de los Remedios, siguiendo al día siguiente su marcha para Tlaxcala.

Combatido por frecuentes guerrillas, falta de provisiones y temeroso de ser mal recibido por sus aliados, en virtud de llegar derrotado, pasó por Cuauhtillán y rodeando la laguna de Tzompango, llegó por fin el siete de julio á las cumbres que dominan el valle de Otompan. Habría andado legua y media cuando se encontró en

Temalacatillán con un ejército de azteca numerosísimo: Cuillahuactzin había puesto á las órdenes del cacique Matlatzinca Cihuacoatl más de cien mil guerreros que denodadamente se arrojaron por todas partes contra los aborrecidos blancos. Trabóse porfiada lucha, pues los españoles, aunque pocos y abatidos, peleaban con el valor que produce la desesperación¹; pero aunque en aquella apiñada multitud casi desnuda las filosas espadas tendían un hombre á cada golpe, era tan grande el número de los mexicanos que no sólo no se echaba de ver aquel constante destrozo, sino que ni siquiera había espacio desocupado de guerreros. En tan apurado lance, que necesariamente concluiría con la completa destrucción de los conquistadores, Cortés, siempre sereno y valeroso, fecundo en medios de victoria, recordó que le habian referido que los ejércitos mexicanos se declaraban en derrota cuando su estandarte caía en poder del enemigo. Alzóse al punto sobre los arzones y divisando á lo lejos el *tlahuizmatlaxopilli* en manos de un aztecatl que estaba sobre unas lujosas andas, se precipita sobre él acompañado de los bravos jinetes y de los capitanes Sandoval, Alvarado, Ávila, Olid y Dominguez y rompiendo el galope, apartando con sus lanzas á la muchedumbre, llega violentamente contra el Cihuacoatl, le derriba de las andas de un fuerte bote y ya en el suelo, Juan de Salamanca le atraviesa con su espada el corazón y le arrebató el codiciado estandarte.

Los mexicanos que tal vieron, se declararon vencidos y echaron á correr, de suerte que en un momento cambióse la suerte de la batalla, no porque faltase el valor á los vencidos, sino por una de tantas preocupaciones que allanaron el camino de la conquista.

Espantosa mortandad causaron los vencedores á aquella multitud fugitiva, pues se calcula en veinte mil el número de muertos; por parte de los blancos fueron las pérdidas insignificantes.

1. Durante la segunda guerra púnica, después de la derrota y muerte de Cneo Escipión, en España, el grupo de romanos que pudo escapar hallándose abatido en sumo grado, nombró por general á Lucio Marcio por ser el que daba más muestras de valor, y cuando en tan aflictivas circunstancias, fué atacado por el ejército victorioso de Asdrúbal, la desesperación hizo un héroe de cada romano de suerte que obtuvieron un brillante triunfo, maravillándose los unos de ver huir, los otros de verse huyendo.

En Hueyotlipán descansaron tres días pasando luego a Tlaxcallan en donde se les recibió con la mismas muestras de la alegría que otras veces les habían manifestado.

CAPÍTULO VII

Cuiclahuactzin. — Su corto y glorioso reinado. — Terrible epidemia de las viruelas. — Cortés en Tlaxcala. — Refuerzos que recibe. — Campaña de Tepeaca. — Fundación de Segura de la Frontera. — Cuauhtemotzin. — Procura inútilmente la unión de los de su raza. — Salida de los conquistadores de Tlaxcala. — Campaña del valle de México. — Muerte de Xicotencatl. — Comienza el sitio de Tenochtitlán.

El valiente Cuiclahuactzin comprendiendo que la unión da la fuerza y que el grupo de soldados que militaban bajo las banderas de Cortés era por sí solo insuficiente para dominar el país, sin el concurso de los pueblos que irreflexivamente le habían prestado su alianza, mandó inmediatamente embajadas con ricos presentes a Tlaxcala, Michihuacán y Cholollan para suplicarles se apartasen de aquellos hombres funestos, y olvidando los pasados agravios y rencores, se unieran todos para defender su nacionalidad é independencia.

Desgraciadamente el espíritu egoísta, así como el odio que profesaban al imperio azteca, unos por envidia de su grandeza y otros porque habían sufrido sus rigores, impidieron el resultado que era de esperarse entre pueblos de un mismo origen y de una misma civilización. En Tlaxcala, á pesar del favorable empeño que por la liga tomó Xicotencatl, prevaleció la contraria opinión sostenida con calor por Maxixcatzin, el amigo de los blancos; y en Michihuacán apenas se dignaron hacer una oferta que no llegaron á cumplir.

La solemne coronación de Cuiclahuactzin se verificó el 7 de septiembre de 1520 entre las fiestas acostumbradas aumentadas con el sacrificio de algunos soldados blancos que para el caso habían reservado. Y aunque bastante se prometían del arrojo y patriotismo del nuevo rey, su coronación se distinguió mucho de las de los

monarcas anteriores: no reinaba aquella inmensa alegría con que otras veces habían celebrado esa fiesta, ni la dignidad real se presentaba con los atractivos de otro tiempo.

Al mismo tiempo Coanacotzin ocupaba el trono de Acolhuacán y Tellepanquetzaltzin el de Tlacopan, en virtud de hallarse vacantes por los asesinatos de Cacama y Totoquihuactzin.

Con actividad se puso Tenochtitlán en estado de defensa, abriendo nuevas cortaduras y rompiendo diques, á la vez que por todos los pueblos del imperio se levantaban tropas y se aprestaban al combate. Pero la hora de la muerte había sonado para aquel pueblo desgraciado y por todas partes se conjuraban en su contra diversos elementos.

No se detuvo el mal en la llegada de aquellos extranjeros; ni en la funesta aplicación de los mitos de Quetzalcoatl, ni en el poderoso auxilio de los totonaca y tlaxcalteca, ni en la superstición de Motecuhzoma; sino que tras de la guerra llegó la peste debilitando aquella raza más y más. Un negro que vino en la expedición de Narváez, trajo á este suelo la epidemia de las viruelas; cundió el contagio por diversas partes: primero Cempoallán, luego Yucatán, Chalco más tarde, y bien pronto el país entero, se vieron destruidos por aquel azote epidémico nunca conocido antes, y al que pusieron por nombre *teozahuatl*, grano divino. Era inmenso el número de los desgraciados naturales que, atacados de las viruelas, sin sabérselas curar perecían todos los días, ocasionando una constante y cuantiosa baja en los ejércitos mexicanos.

Sucedía lo contrario en las filas de Cortés: cuando estaba en Tlaxcala reponiendo sus abatidas fuerzas en la *noche triste*, llegaronle inesperados refuerzos.

Pedro Barba con una nave pequeña, trece soldados y dos caballos, desembarcó en Veracruz, enviado por Velázquez para incorporarse á Narváez, el que por engaños fué sorprendido y enviado á Cortés; Rodrigo Morejón de Lobera llegó poco después con ocho soldados y abundantes provisiones y elementos de guerra; más tarde Diego Camargo enviado por Francisco Garay á la provincia de Pánuco que iba á colonizar con 450 hombres, en virtud de un naufragio arribó á Veracruz, y aun llegó también en octubre, obligado por carecer de víveres, Miguel Díaz de Auz que con cincuenta infantes y ocho caballos iba en busca de Camargo.

Todos éstos engrosaron las filas del conquistador impulsados por sus promesas y buen trato, sin embargo de haber sido todos mandados por enemigos suyos en socorro de sus émulos.

La civilización aztecaatl estaba destinada á perecer para ser sustituida por otra superior, y la Providencia preparaba el camino de su ruina.

De Tlaxcala envió Cortés una carta á Rangel para saber el estado de la colonia de la Villa Rica, recibiendo satisfactoria contestación, pues sólo ocho soldados que habian ido á la capital de la República á recoger una cantidad de oro y otros pocos que habian pasado á incorporársele á México, se sabia que habian sido matados por los de Tepeaca y Tzoltepec. Tanto por esto, como por las excitativas de los tlaxcalteca que á todo trance preferian que sus aliados vivieran más bien sobre el campo de los azteca que sobre el suyo propio, se emprendió la guerra contra las poblaciones mexicanas colindantes de la República, no sin que Cortés tuviera antes que vencer alguna resistencia de muchos soldados disgustados que querian volverse á Cuba.

Por último, ya en visperas de salir de Tlaxcala, arribó al puerto otro buque de Juan de Burgos, procedente de las Canarias, cargado de ballestas, escopetas, pólvora y municiones, todo lo que le compró luego Cortés, llegando su buena suerte hasta el extremo de que aquel comerciante con veinte hombres se resolviera á incorporarse en la expedición.

Con ciento cincuenta mil aliados partió don Hernando para emprender la campaña de Tepeyacac ó Tepeaca, siendo asaltado en Zacatepec, donde como siempre puso en fuga á los asaltantes. De Acatzingo mandó unos emisarios á intimar la rendición á la ciudad de Tepeaca, pero sus defensores contestaron con resolución que no se rendirían jamás, por lo que al día siguiente se dió una reñida batalla, entrando los extranjeros victoriosos á saco la ciudad.

En los primeros días de septiembre fundó allí una colonia con el nombre de *Segura de la Frontera*, estableciendo su gobernador, alcaldes, regidores y oficiales reales, pues por su situación, aquella villa les servía como punto estratégico.

Pequeñas partidas de españoles acompañadas por un buen número de tlaxcalteca, partieron en diversas direcciones á someter toda la provincia; pues el plan del Capitán era entonces no dejar enemi-

go alguno entre él y la ciudad de Tenochtitlán, para poderla ocupar; pues primero habia pensado partir en su conquista del centro á las extremidades, y apoderándose de la capital, ir después ensanchando su dominación; pero como no habia podido sostenerse, trataba á la inversa, de irse apoderando poco á poco de los lugares comarcanos, hasta llegar á Tenochtitlán.

Ocupada Tepeaca, las fuerzas mexicanas se retiraron á Quecholac en donde fueron nuevamente vencidas, y de allí á Cuauquechollan ó Huacachula. El cacique de este último lugar, disgustado con los mexicanos, se concertó traídoramente con Cortés para dar muerte á la división aztecaatl fuerte de 30,000 hombres; y el guerrero español, aprovechando la oferta, mandó á Ordaz y á Ávila con doscientos infantes, doce caballos y 30,000 aliados; pero en el camino les dijeron á los capitanes que era una celada la que les habian tendido, por lo que al punto retrocedieron. Cortés con algún refuerzo tomó el mando de la partida y asaltó briosamente á Cuauquechollan, en cuya población aunque en efecto el cacique se puso de parte de los extranjeros, los soldados mexicanos pelearon con tanto denuedo que, prefiriendo la muerte á un vergonzoso rendimiento, fueron pasados á cuchillo en su totalidad.

Se sometió Ocuiluco, pero en Itzocán volvieron á defenderse y ser vencidos los azteca, quedando todos sus habitantes reducidos á la esclavitud, cien teocalli incendiados y la ciudad enteramente saqueada.

Vencidos los principales ejércitos enemigos, volvió Cortés á Segura de la Frontera, limitándose después á enviar algunas secciones de sus tropas que tomaron á Tochtepec, donde primero fué derrotado el capitán Salcedo, Tecalco, Xocolla, Xalatzinco y otras poblaciones.

En principios de diciembre, después de enviar á la costa para que se fueran á Cuba á Andrés de Duero y otros españoles de los de Narváez que seguían disgustados, don Hernando volvió á Tlaxcala. Cuando llegó acababa de morir Maxixcatzin á consecuencia de la terrible epidemia de las viruelas, dejando un hijo que fué su sucesor, llamado don Lorenzo Maxixcatzin.

Allí se ocupó con ardor en construir unos bergantines que pudiesen servirle en el sitio de México que ya intentaba poner, y en reunir y municionar sus tropas; y como en la revista que pasó él miércoles 26 de diciembre de 1520 se encontró con que tenia á sus

órdenes quinientos cincuenta españoles de infantería con ochenta ballestas y escopetas, cuarenta de caballería y nueve cañones, promulgó ese mismo día unas severas ordenanzas que había hecho para conservar la buena disciplina, saliendo de la ciudad para Texcoco el viernes 28 de diciembre, acompañado de ciento cincuenta mil aliados de las provincias de Tlaxcala, Cempoallán, Cholollan y Huexotzinco.

Entre tanto en Tenochtitlán había muerto también de viruelas por el día 26 de noviembre el emperador Cuicahuactzin¹. Este hombre extraordinario es uno de los héroes más notables de nuestra historia, en aquel interesante periodo: sin las vulgares preocupaciones, se opuso á que se recibieran de paz los funestos extranjeros; más tarde trató de acaudillar un levantamiento nacional, por lo que fué hecho prisionero y encadenado, y cuando después obtuvo su libertad por un error de Cortés, al punto se puso al frente de sus compatriotas. Él fué quien atacó bizarramente el cuartel de los conquistadores; él quien los obligó á salir, negándose á entrar en arreglos con quienes juzgaba con razón enemigos de su patria, y fué también él el vencedor famoso de la *noche triste*. Por atender á los guerreros que mandados por Velázquez de León se quedaron en la ciudad, no destruyó á los fugitivos, pero envió luego al ejército que en Otompan fué derrotado por la desgracia, ocupándose sin descanso en fortificar la ciudad y en levantar tropas.

Su talento igualaba á su valor, así es que dió también pruebas de que sabía aprovecharse de la política para salvar á su patria; por esto envió embajadas á procurar la alianza de distintos pueblos, trabajando por la concordia y la unión. Sin embargo de tan gloriosos hechos su nombre es poco conocido: la gloria parece que sólo sigue á los soldados vencedores, sin cuidarse de la justicia ni del patriotismo.

Fuó electo undécimo y último emperador de México; CUAUHTEMOCZIN, *águila que descendió*, yerno de Motecuhzoma é hijo de Ahuizotl y de una hija de Moquihuix, de suerte que por sus venas corría la real sangre de los tenochea y de los tlalolca², y aunque

1. En Europa murieron de viruelas Luis I de España, y Luis XV de Francia.

2. También en España habiendo subido al trono la rama bastarda de Trastámara, por la muerte que dió á don Pedro EL CRUEL su hermano

sólo contaba veintitrés años, era de un carácter enérgico y de un valor indomable.

Repitió regalos y embajadas á los amigos de los extranjeros procurando con eso apartarlos de la terrible liga, pero sin resultado alguno, de modo que resuelto entonces á sacrificarse y ver si por la fuerza ó intimidación lograba lo que de buena voluntad se le negaba, hizo decidida guerra á los traidores.

Cortés caminando con mil precauciones, pues las humaredas que eran el medio convenido por los mexicanos para avisarse de un lugar á otro los movimientos de los blancos, eran generales y se extendían hasta donde alcanzaban la vista, llegó al tercer día á la ciudad de Texcoco, capital del reino de Acolhuacán. Había recibido poco antes cuatro emisarios de Coanacotzin suplicándole entrase de paz y aceptase su alianza; mas al entrar en la ciudad se apercibió de que sus calles estaban desiertas y abandonadas sus casas, viéndose todavía á lo lejos huir á sus pobladores; irritado con esta burla dispuso que sus tropas saquearan la ciudad, lo cual hicieron con gran satisfacción.

Permaneció algún tiempo en Texcoco recibiendo la sumisión de muchos pueblos vecinos, como los de Coalichán, Huexotla, Chimalhuacán, Atenco, Chalco y otros varios y reconociendo los alrededores de Tenochtitlán.

En esos mismos días murió en su campamento Cuicuatzin á quien había puesto por rey de Texcoco, con cuyo motivo y no reconociendo á Coanacotzin porque no le era adicto, puso en su lugar, ó lo que es lo mismo *tituló* rey á Tecocoltzin, hijo bastardo de Nezahualpilli.

Habiendo sabido á principios de febrero de 1521 que estaban ya concluidos los trece bergantines que en Tlaxcala se construían por su orden y bajo la dirección de Martín López, mandó por ellos á Sandoval. Los barcos una vez terminados se arrojaron al agua en el río Zahuapán para probarlos y ver si llenaban su objeto, y siendo satisfactoria la prueba, desarmáronlos todos para poder condu-

don Enrique, años más tarde se enlazaron las dos ramas, al subir al trono don Juan II que era por su padre Enrique III bisnieto de don Enrique II ó de Trastámara y por su madre doña Catalina de Lancaster, bisnieto de don Pedro EL CRUEL.

cirlos. Formaban el convoy ocho mil indios *tamene* ó de carga, que llevaban en hombros la madera labrada de los barcos, el velamen, jarcia y clavazón, veinte mil guerreros tlaxcalteca mandados por Chichimecatecuhtli, Teuctepil y Ayotecatl, doscientos infantes españoles y quince caballos.

Las diez y ocho leguas que hay entre Tlaxcala y Texcoco las recorrió aquella caravana en menos de cuatro días, siendo recibida con entusiasmo por los conquistadores que la esperaban.

De antemano Ixtlixochitl con ocho mil operarios, aprovechando un pequeño cauce, había abierto un canal, que tenía poco más de media legua de longitud y la profundidad necesaria para poder arrojar los bergantines á las aguas del lago; de suerte que estando todo preparado, los carpinteros que dirigía Martín López se ocuparon de armar los nuevos barcos.

En los primeros días de marzo salió don Hernando de Texcoco con trescientos cincuenta españoles y el ejército aliado, con objeto de hacer un reconocimiento y de procurar una entrevista con el Emperador ó alguno de los de su nobleza; dirigióse para Tlacopán, pero en Xaltocán tuvo que sostener un serio combate con los mexicanos, en el que tal vez habría sido desbaratado á no ser por un traidor que le enseñó el punto por donde era vadeable la calzada¹, después de lo cual llegaron al día siguiente á la capital del reino tecpanecatli. Nuevo combate y nuevo triunfo tuvieron los españoles en Tlacopán, cuya ciudad saquearon é incendiaron completamente,

1. En las guerras médicas, mientras Leonidas, rey de Esparta, defendía el desfiladero de las Termópilas, un traidor, Ephialtés, descubrió al ejército de Xerxes una senda oculta que conducía á la retaguardia de los griegos, que por tal circunstancia se vieron rodeados de enemigos, prefiriendo Leonidas sucumbir con sus bravos compañeros á abandonar el punto. Ephialtés fué declarado traidor por el Congreso Anfipictónico, por lo que abandonó á Grecia, y cuando después de mucho volvió, fué muerto por un enemigo suyo que mereció por eso los honores de patriota. En cambio Leonidas fué declarado benemérito y en honor suyo se celebraban fiestas anuales, y en Esparta 600 años después aun leían los nombres de todos aquellos héroes, que supieron morir por su patria. En las Termópilas, sobre el montículo donde fué herido el rey héroe, se le erigió un monumento con un león de mármol, y se puso una conmovedora inscripción que decía: « Pasajero, decid á Esparta que aquí hemos muerto por obedecer sus santas leyes. »

mas se repitieron los asaltos con asombrosa constancia y en la vez que Cortés quiso entrar á Tenochtitlán por aquella calzada, estuvo á punto de sufrir un descalabro, pues los azteca lo dejaron entrar para acometerlo luego, lo que hicieron con tal brio, que tuvo que retirarse perdiendo cinco españoles y quedando heridos los más.

Volvióse don Hernando á Texcoco y se ocupó en dar socorro á algunas poblaciones aliadas de las inmediaciones, así como en formar una coalición entre las más fuertes y lejanas, de suerte que pudiesen ayudarse unas á otras.

En 5 de abril salió de nuevo de la capital de Acolhuacan con un ejército considerable, con el fin de arrojar á los azteca definitivamente de Chalco, someter á los tlahuica que lo hostilizaban y dar la vuelta al rededor de México para arreglar ya los medios de ponerle sitio.

En esta campaña tuvo que sostener combates casi todos los días, siendo los de más importancia los que tuvieron lugar en el peñón de Tlayacapán, en Cuauhnahuac y en Xochimilco, en donde cayó Cortés en poder de los azteca que lo pudieron matar sino hubieran querido llevarlo vivo al sacrificio, dando tiempo á que llegara Cristóbal de Olea y lo libertase.

Concluido el reconocimiento entró á Texcoco el día 22 del mismo abril, encontrándose allí con algunos otros refuerzos recientemente llegados.

Las continuas fatigas y el indomable valor de los azteca tenían desanimados á muchos de los conquistadores que querían volverse á Cuba; mas no hallando otro medio de conseguir su intento, que el de la sedición, conjuráronse todos ellos para dar muerte á Cortés á la hora de comer, asesinando á la vez á los capitanes que le eran más adictos, para apoderarse de todos los tesoros y despojos y volverse á la isla.

Uno de los conjurados, oportunamente arrepentido, le dió aviso á don Hernando de cuanto pasaba, manifestándole que Antonio de Villafañá era el promovedor del alboroto, por lo que al punto lo aprehendió, apoderándose aun de la lista de todos los conspiradores; pero se encontró con que éstos eran tantos que le era imposible castigarlos sin debilitarse, de suerte que hizo correr la voz de que aquella lista se la había tragado Villafañá, á quien hizo ahorcar inmediatamente que confesó su delito.

Concluidos los barcos y profundizado convenientemente el canal, se botaron al agua el domingo 28 de abril, siendo bendecidos por el padre Olmedo, después de lo cual se pasó revista á las tropas que iban á poner el sitio, contándose setecientos infantes españoles, ciento diez y ocho ballesteros, ochenta y seis de caballería, con tres grandes cañones y diez pequeños.

Pocos días después que llegaron todos los auxiliares, se dividió ya el ejército (20 de mayo) y se emprendió la marcha. La primera división puesta á las órdenes de Pedro de Alvarado, se compuso de ciento cincuenta infantes, diez y ocho ballesteros y treinta de caballería, con más de veinticinco mil aliados y dos cañones, divididos todos en tres compañías mandadas respectivamente por Jorge de Alvarado, Andrés de Monjaraz y Gutiérrez de Bandajos; estableció su cuartel general en Tlacopán.

La segunda división mandaba por Cristóbal de Olid debería situarse en Coyohuacán, y estaba formada por ciento sesenta infantes, diez y ocho ballesteros, treinta y tres jinetes y veinte mil aliados con dos piezas de artillería, distribuidos en tres compañías que mandaban Francisco de Lugo, Andrés de Tapia y Francisco Verdugo.

La tercera división estaba á las órdenes de Gonzalo de Sandoval y se componía de ciento cincuenta soldados de infantería, veinticuatro de caballería, diez y siete escopeteros con otros dos cañones y veinte mil auxiliares, mandados por Pedro de Ireio, Luis Marín y Hernando de Lerma, debiendo fijar su cuartel en Itztapalapan.

Por último la armada estaba á las inmediatas órdenes del Capitán y se componía de innumerables canoas tripuladas por aliados y de los trece bergantines con doce escopeteros, doce marineros, un capitán, un veedor, dos artilleros y un cañón cada uno; eran los capitanes, Rodrigo Morejón de Lobera, Francisco Rodríguez Magarino, Juan Jaramillo, Juan Rodríguez de Villafuerte, Pedro Barba, Juan García de Holguín, Juan de Limpías Carvajal, Pedro de Briones, Juan de Portillo, Antonio de Carvajal, Cristóbal Flores, Antonio de Sotelo y Jerónimo Ruiz de la Mota.

Al ponerse en marcha una de las divisiones trabóse una riña entre un español y un tlaxcalteatl llamado Pitectell pariente de Xicotencatl, saliendo herido el indigena; por lo que disgustados sus compatriotas manifestaron su resentimiento, por cuya causa trató

el capitán Ojeda de calmarlos, y aunque lo consiguió de muchos, el valiente Xicotencatl se separó del campamento yéndose para Tlaxcala. Luego que lo supo Cortés mandó á Márquez y á Ojeda con una partida de caballería para que lo aprehendiesen y pidiesen al gobierno de la República autorización para castigarlo por traidor, la cual les fué concedida, de modo que aprehendiéndolo volvieron con él á Texcoco, en donde ya estaba preparada una elevada horca. Al punto fué ahorcado á la vez que un pregonero anunciaba que aquel castigo se le imponía por traidor y desertor.

¡ Así se juzgaba traidor al único tlaxcalteatl que no lo era, y se le condenaba á muerte por sus enemigos que se constituyeron en sus jueces!

CAPÍTULO VIII

Combates durante el sitio. — Derrota de los conquistadores. — Cortés prisionero. — Se resisten los sitiados á capitular. — La peste y el hambre. — Últimos asaltos. — Es hecho prisionero el emperador Cuauhtemoc. — Toma de la capital. — Suplicio de los reyes prisioneros.

Por el día 20 de mayo de 1521 empezó el riguroso sitio de México, pues en esa fecha se demolió parte del acueducto que conducía de Chapultepec el agua á la ciudad, y se encontraron ya situados en sus respectivos campamentos de Itztapalapan, Tlacopán y Coyohuacán los capitanes de Cortés.

Al pasar este general con su flota por la ribera meridional del lago, al ir á ver el estado de las divisiones, recibió una lluvia de flechas y piedras que le arrojaban desde una encumbrada roca, llamada después *Peñón viejo ó del Marqués*, desde donde observaban los mexicanos todos sus movimientos y los avisaban á los de la capital por medio de humaredas. Al punto mandó Cortés desembarcar la mayor parte de su gente y sin arredrarse por lo escarpado de la roca, ni por las estacadas que habia puestas, ni por el valor con que se defendía, subió precipitadamente tomando á viva fuerza cada trinchera hasta ocupar la última de la parte superior. Apenas se